

La segunda lectura

por Fernanda Nicolini

Al principio no me pareció importante llevar un registro de los días. Del tiempo, digamos. Me gustaba pensar que cuando sucedía, sucedía cada vez. Con un comienzo y un final en sí mismo. Como si la idea de continuidad no fuera parte del asunto, tan sólo un andamiaje externo, de esos que sostienen edificios que en algún momento serán demolidos para construir algo nuevo, más funcional. Me explico: yo lo intuía, mis amigas me lo habían dicho. Lo nuestro podía durar una semana, un mes, tres años. No importaba. Desde el momento en que me dijera, a mí misma, *tuve un affaire*, sería eso, y nada más. El sentido siempre es retrospectivo. ¿Sería el primero, el único, el mejor? Sería algo que existió cada vez que me sacaba la ropa y esperaba sentada en la cama, frente al espejo que cubría toda la pared, y me decía para adentro, con esa voz que sólo mi cabeza conoce, me decía, para mí, soy una mujer casada que en este instante dejará de serlo y todo esto, en algún momento, será solo una condensación de imágenes sueltas, desordenadas. Tal vez una descarga eléctrica inesperada, un escalofrío breve, un pellizco al estómago cuando en un futuro esas imágenes se me aparezcan porque sí —por un olor, un sonido, una palabra— y yo esté en el supermercado haciendo la compra de la semana y se me escape una sonrisa que no se va a parecer a las otras sonrisas. Y no mucho más. Aunque también podría hacer un esfuerzo y retener su modo de mirarme. El deseo que se adelanta en los ojos. Pardos, quizá verdes, centelleantes. Podría retenerlo todo para cuando este cuerpo, el mío, ya no sea el que fue.

Pero lo cierto es que en determinado momento fijé un comienzo. No la fecha real, pero sí la simbólica. Fue el día que me sugirió leer un cuento de Robert Musil. Estábamos desnudos, despeinados, con esa leve sal que deja la transpiración en la piel. Él se giró hacia el costado de la cama, estiró un brazo para alcanzar la mochila negra que estaba en el piso, la misma que se descolgaba antes de besarme cuando nos encontrábamos y se colgaba después de besarme al despedirnos, y sacó un libro ajado, de páginas amarilladas, como los que se compran en las librerías de usados o se roban de las bibliotecas públicas. Yo no me moví. ¿Lo miré? Ahora solo recuerdo cierta sensación de alarma. Antes de dármele, hizo una introducción, resumió la trama. Una mujer, Celeste o Clarice, le es infiel a su marido. Al rato insistió en la naturaleza perversa del personaje, pero no le presté mucha atención. ¿Qué tenía que ver conmigo, con nosotros? Seguí mirándome en el espejo.

Más tarde, mientras manejaba rumbo al colegio de mi hija, se me ocurrió que quizá el cuento de Musil no hablaba de mí sino de él. ¿Un modo enrevesado de incluirme en su mundo? Recordé su tema de estudio. Lo recordé a medias. Algo sobre la representación de las mujeres en la literatura de entreguerras. Un título larguísimo, imposible de retener. Él lo dejó caer, al pasar, el día que nos conocimos. Podría reproducir algunos detalles de la escena: el bar de la facultad bulle, nunca vengo, pero estoy acá por fuerza mayor, no llegué a corregir todos los parciales de Gramática, tengo unos pocos minutos antes de entrar a la clase, siempre corrigiendo lo mismo, la gramática es un sistema cerrado que no admite desvíos personales, no se puede romper la sintaxis así porque sí, hay que saber cómo hacerlo, él me pregunta si se puede sentar, no hay más lugar, dice, ¿puedo?, yo sólo levanto la vista y él se sienta, como si interpretara un gesto que no hice, ¿o lo hice?, yo vuelvo la vista en

los parciales, el café aguado se enfría, y entonces él dice algo de Molly Bloom. Se queja de que les da de leer el monólogo de Molly Bloom a pibes que no saben ni qué es el *Ulises*. Yo no leí el *Ulises*, pero sé lo que dice Molly Bloom, respondo, sin querer. No quiero hablar con un extraño pero respondo, y también me río, porque el extraño me retruca con un chiste sobre Joyce, y yo intento volver a los parciales. Bajo la cabeza pero la vuelvo a subir, porque sé que me mira. Me está mirando como si me hubiera estado mirando desde hace años y, también, como si me acabara de descubrir. Después él es quien baja la vista. Mira mis manos. No llevo alianza. Ni mi marido ni yo usamos.

Cuando llegué a casa aquel día de Musil, dejé el libro sobre la mesa del comedor, en esa esquina en la que se acumulan libros y libros que no le interesan a nadie más que a mí, libros que piensan la lengua como una formalidad, como un sistema solar de consensos. Me acordé, quién sabe por qué, de Diamela Eltit en un Congreso en Santiago de Chile, con sus consonantes patinadas y sus vocales cantadas: “Para que nuestro pueblo diga ‘haiga’ en lugar de ‘haya’, tiene que haber habido muchos ‘haigas’ durante mucho tiempo. Esa es la verdadera gramática del consenso popular”. Me encantaba esa frase, pero no me servía. Yo seguiría corrigiendo los haiga.

Subí temprano a acostarme. No terminaba de entender si estaba cansada o inquieta. No podía leer, no podía dormir, ¿era por vos, Musil? Después de girar varias veces en la cama, bajé al living. La casa se encontraba casi a oscuras. Un cono de luz caía sobre mi marido, que leía sentado en el sillón, como lo hacía siempre después de cenar. Sentí ganas de besarlo pero simplemente me recosté sobre su pecho. Lo olí. Después alcé la vista y reconocí el libro ajado, de páginas amarronadas que se iluminaban bajo la lámpara.

Había un párrafo subrayado. Mi marido empezó a leerlo en voz alta y mi corazón empezó a galopar. Esa noche hicimos el amor de un modo desesperado.

Por la mañana apunté el subrayado:

La persona amada no es el origen de los sentimientos aparentemente provocados por ella, sino que estos se colocan tras ella como una luz; pero mientras en los sueños existe aun una sutil hendidura por la que el amor se destaca de la amada, esa hendidura desaparece cuando estamos despiertos, como si solo fuéramos las víctimas de un juego con dobles y se nos obligara a tener por maravillosa a una persona que no lo es en absoluto.

La siguiente vez que él sacó un libro de la mochila después del sexo, ya habían pasado dos meses. Fue un jueves. La anotación mental, ahora inevitable, me llevó a darme cuenta de que habíamos establecido un sistema. Si nos veíamos más de una vez por semana, uno de esos días era jueves. Siempre a partir del mediodía, en ese departamento prestado con la heladera vacía, excepto por el sushi o la comida armenia que él se encargaba de comprar. Yo a veces comía, otras no. No me parecía importante. Él siempre quería conversar, ampliar el campo de batalla, saber de mí. Yo seguía fascinada con otras cosas. ¿Quién era esa mujer que en dos horas estaría en la puerta de un colegio, conversando con madres que disimulaban el tedio de sus días con abrazos exagerados a sus hijos? Lo puso sobre la cama y me preguntó si me gustaba Coetzee. Miré la tapa y leí en voz alta: “Elizabeth Costello”. No sé, no lo leí. Te va a gustar, dijo, y volvió a mencionar a Molly Bloom y su famoso monólogo, pero no llegué a escucharlo del todo. Me había levantado para retocarme el maquillaje antes de salir. Se me había hecho tarde.

Aquella noche mi marido lavó los platos, yo dormí a nuestra hija y cuando la casa quedó en completo silencio, me asomé al living. Ahí estaban el cono de luz, el sillón y mi marido. Apoyé mi cabeza sobre su pecho y esperé que leyera. Que me arrullara con el vaivén de su voz áspera, que por momentos se me confundía con la de Elizabeth Costello, por momentos con la de Diamela Eltit, por momentos con la de Molly Bloom.

A la mañana siguiente, apunté el subrayado:

—Sí, es una persona atractiva, ¿no? Molly Bloom, quiero decir la Molly de Joyce. Deja su rastro por las páginas de Ulises igual que una perra en celo deja su olor. No se lo puede llamar seducción: es algo más burdo. Los hombres captan el olor, husmean, van en círculos y se gruñen entre ellos, incluso cuando Molly no está en escena.

El último jueves no tuve que ocuparme de mi hija y me quedé más de lo acostumbrado. Comimos galletitas con humus en la cama y nos peleamos. Era la primera vez, en un año, que nos peleábamos. Un año, dos meses, y nueve libros. Además del tiempo, había empezado a llevar la cuenta de los libros. Y ese fue el origen de la discusión. Él me reclamó, ya no en tono amoroso, casi distraído, como había hecho otras veces, que yo nunca le hacía comentarios de las lecturas que me sugería, y yo le respondí, como había hecho otras veces, que nuestros encuentros eran para otra cosa, que esa otra cosa a mí me alcanzaba, que me hacía sentir plena, casi feliz. Nos vestimos en silencio. Tomamos el ascensor en silencio. Salimos a la calle, cada uno en dirección contraria.

En el subte de regreso a casa me di cuenta de que, a pesar del reclamo, había un nuevo libro en mi bolso. A veces él hacía eso.

Lo deslizaba en secreto mientras yo estaba en el baño, o en la cocina tomando agua, y esperaba que volviera a la cama con una mirada ansiosa, casi infantil, que lo delataba. Saqué el libro del bolso y miré la tapa. Era la imagen de una típica pintura neoclásica en la que dos mujeres posaban como amantes al borde de una fuente. Miré el título: *Fuegos*, de Marguerite Yourcenar. Por un momento pensé en abrirlo, en leerlo. Pero si no lo había hecho nunca, ¿por qué ahora sí? ¿Y romper el ritual? ¿Qué pareja era capaz de inventar un nuevo gesto amoroso después de diez años de casados? ¿Valía la pena poner eso en riesgo? Volví a guardar el libro en el bolso.

Esa noche me quedé dormida sobre el pecho de mi marido bajo el cono de luz. Ni siquiera llegué a escuchar cuando él leyó el único subrayado que tenía el libro de Yourcenar.

Lo apunto ahora:

Señores jueces, no existe más que un hombre en el mundo: los demás no son más que un error o un triste consuelo, y el adulterio es a menudo una forma desesperada de la fidelidad.